

EL NOMBRAMIENTO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO DE LA REFORMA POLÍTICA. UN EPISODIO CLAVE DE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

ÁLVARO DE DIEGO GONZÁLEZ

Universidad a Distancia de Madrid (UDIMA)

alvaro.dediego@udima.es

RESUMEN: Una de las premisas del cambio democrático que preveía el entonces Príncipe de España residía en la adecuada elección de un presidente del Gobierno a la muerte de Franco. La institución, a la que la Ley Orgánica del Estado (1967) atribuía importantes facultades, sería clave para acometer la Ley para la Reforma Política que conduciría a España del régimen autoritario a la democracia “de la ley a la ley” sin rupturas ni procesos revolucionarios. La metodología elegida en este artículo consiste en la reinterpretación de las fuentes esenciales a la luz de un nuevo testimonio inédito: el de Alfonso Osorio, vicepresidente del segundo Gobierno del Rey Juan Carlos I. Este trabajo abordará las particularidades, y desviaciones, del proceso que conduciría finalmente al nombramiento de Adolfo Suárez. **PALABRAS CLAVE:** Transición democrática – Reforma Política – presidencia del Gobierno – Juan Carlos I – Suárez – Fernández-Miranda

ABSTRACT: One of the premises of the democratic change that the then Prince of Spain foresaw was the election of a suitable Prime Minister after Franco’s death. The institution, to which the Ley Orgánica del Estado (1967) assigned some relevant duties, would be the key to undertake the Political Reform that would lead Spain from the authoritarian regime to democracy, “from the law to the law”, without either a break up or a revolutionary process. The methodology applied in this paper lies in the reinterpretation of the main sources in light of a new yet unpublished statement of Alfonso Osorio, Deputy Prime Minister of the second government of King Juan Carlos I. This paper deals with the characteristics, and diversions, of the process that eventually led to the appointment of Adolfo Suárez.

KEYWORDS: Democratic transition – Political reform – Presidency of the Government – Juan Carlos I – Suárez – Fernández-Miranda

Álvaro de Diego González es Director del Departamento de Periodismo, Historia y Humanidades de la Universidad a Distancia de Madrid (UDIMA), donde es profesor de Historia Universal Contemporánea. Licenciado y doctor en Periodismo, así como licenciado en Humanidades por la Universidad CEU-San Pablo, donde fue docente y ejerció como secretario del Departamento de Periodismo (2004-2006) y coordinador de Periodismo (2006-2009). Ha publicado los libros Historias orales de la Guerra Civil (2000), en colaboración con Alfonso Bullón de Mendoza; José Luis Arrese o la Falange de Franco (2001); Las mujeres de la transición (2008), y El franquismo se suicidó (2010).

INTRODUCCIÓN

Resulta innegable que la transición democrática constituye uno de los capítulos más frecuentados por la historiografía de los últimos años. En este sentido, sorprende algo que un acontecimiento tan excepcional y decisivo como el nombramiento del presidente del Gobierno destinado a incoar el proceso de cambio que se sustanció en la Ley para la Reforma Política, no haya merecido una atención acorde con su importancia. Referencias al particular pueden espiarse en monografías generales sobre la transición, libros de memorias, biografías y estudios con mayor especificidad temática. En cuanto a las primeras, es necesario citar, de manera singular, los trabajos de Powell, así como los de Bardavío, Carr y Fusi, Juliá, Palomares, Soto o Tusell¹. Referencia aparte requieren los capítulos 6 y 7 de la obra colectiva editada por Unidad Editorial, que analizan la denominada Operación Lolita a partir de los testimonios de Manuel Prado Colón de Carvajal, amigo del monarca, y de López de Letona, el banquero entonces auspiciado para encabezar el Ejecutivo².

Memorias de protagonistas con verdadero interés son las de quienes en algún momento figuraron como candidatos a ocupar el papel presidencial: arrojan su desconocimiento de las interioridades últimas del proceso las de los políticos en principio mejor situados, como Fraga o Areilza³; y ofrecen datos e interpretaciones muy relevantes las de Martín Villa y, en especial, las de Osorio y Ortí Bordás⁴. En cuanto a los hombres con influencia en el nombramiento de presidente o con buen acceso entonces a Zarzuela, resulta decepcionantes al respecto los testimonios de Armada y Silva Muñoz⁵, mientras ofrecen algunas

1 Del primer autor véase, en especial, Charles POWELL, *El piloto del cambio: el Rey, la Monarquía y la transición a la democracia*, Barcelona: Planeta, 1991; *España en democracia*, Barcelona: Plaza & Janés, 2001; *El amigo americano. España y los Estados Unidos: de la dictadura a la democracia*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2001. De los restantes, véase Joaquín BARDAVÍO, *Crónica de la transición, 1973-1978*, Barcelona: Ediciones B, 2009; Raymond CARR y Juan Pablo FUSI, *España de la dictadura a la democracia*, Barcelona: Planeta, 1979; Santos JULIÁ et al., *Memoria de la transición*, Madrid: Taurus, 1990; Cristina PALOMARES, *Sobrevivir después de Franco*, Madrid: Alianza, 2006; Álvaro SOTO, *La transición a la democracia: España: 1975-1982*, Madrid: Alianza, 1998; Javier TUSELL, *La transición a la democracia*, Madrid: Espasa-Calpe, 2007. Muy decepcionante se demuestra Victoria PREGO, *Así se hizo la transición*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1996, en especial si se contrasta con la calidad de la serie televisiva a su cuidado.

2 VV.AA., *1975-1995. Veinte años de nuestra vida. Historia de la democracia*, Madrid: Unidad Editorial, 1995, p. 130-137 y 154-166.

3 Manuel FRAGA, *Memoria breve de una vida pública*, Barcelona: Planeta, 1980; y *En busca del tiempo servido*, Barcelona: Planeta, 1987; José María AREILZA, *Diario de un Ministro de la Monarquía*, Barcelona: Planeta, 1977; *Cuadernos de la transición*, Barcelona: Planeta, 1983; y *Crónica de la libertad*, Barcelona: Planeta, 1985.

4 Rodolfo MARTÍN VILLA, *Al servicio del Estado*, Barcelona: Planeta, 1984; Alfonso OSORIO, *Trayectoria política de un ministro de la Corona*, Barcelona: Planeta, 1980; *De orilla a orilla*, Barcelona: Plaza & Janés, 2000; José Miguel ORTÍ BORDÁS, *La transición desde dentro*, Barcelona: Planeta, 2009.

5 Alfonso ARMADA, *Al servicio de la Corona*, Barcelona: Planeta, 1983; Federico SILVA MUÑOZ, *Memorias*, Barcelona: Planeta, 1993.

claves interpretativas muy útiles el crítico ex ministro franquista Fernández de la Mora o el banquero Pérez Escolar⁶.

De entre los estudios más o menos biográficos, el de Tusell y G. Queipo de Llano se centra más bien en las resistencias de Arias Navarro a desocupar la Presidencia del Gobierno⁷, mientras las semblanzas sobre Suárez oscilan entre las que, siendo valiosas, aportan poco sobre el episodio concreto, caso de la de Fuentes⁸, o se inclinan más o menos abiertamente hacia la hagiografía⁹. Por ello, es llamativo que la mejor biografía de Suárez continúe siendo la quizá más temprana, que ha sido reeditada recientemente con cambios poco significativos por su autor, Gregorio Morán¹⁰. Esta última obra aún es indispensable para conocer la mecánica y detalles del proceso que aborda este trabajo.

Mención aparte merece la biografía autorizada del monarca, cuyo valor atenúa el medido testimonio de quien aún desempeña un papel arbitral como jefe del Estado¹¹, y muy singularmente el concienzudo estudio de los familiares de Fernández-Miranda en torno al descollante y protagónico papel de éste, que constituye la fuente quizá ineludible, por mucho que el examen a sus manuscritos aún esté vetado a otros historiadores¹². Aunque desordenada, imprecisa y escasamente académica, la biografía de Carmen Díez de Rivera también aporta algún dato relevante sobre el nombramiento final de Suárez¹³, lo mismo que el correcto bosquejo de Fernández Campo¹⁴.

De entre los estudios de temática específica, deben citarse finalmente los trabajos de Satué, Grimaldos y Peñaranda, que abordan la influencia de los servicios de espionaje en el nombramiento presidencial¹⁵.

De cualquier modo, debe partirse de una premisa inicial. Pese al empeño de los aperturistas del franquismo, los derroteros de éste arrojarían una enseñanza: no sería posible transitar del régimen a la democracia en vida de Franco. No

6 Gonzalo FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Río arriba*, Barcelona: Planeta, 1995; Rafael PÉREZ ESCOLAR, *Memorias*, Madrid: Foca, 2005.

7 Javier TUSELL y Genoveva QUEIPO DE LLANO, *Tiempo de incertidumbre. Carlos Arias Navarro entre el franquismo y la transición (1973-1976)*, Barcelona: Crítica, 2003.

8 Juan Francisco FUENTES, *Adolfo Suárez. Biografía política*, Barcelona: Planeta, 2011.

9 Carlos ABELLA, *Adolfo Suárez. El hombre clave de la transición*, Madrid: Espasa, 2006; Manuel ORTIZ, *Adolfo Suárez y el bienio prodigioso (1975-1977)*, Barcelona: Planeta, 2006; Luis HERRERO, *Los que le llamábamos Adolfo*, Madrid: La Esfera, 2007; Fernando ÓNEGA, *Puedo prometer y prometo. Mis años con Adolfo Suárez*, Barcelona: Plaza & Janés, 2013.

10 Gregorio MORÁN, *Adolfo Suárez. Historia de una ambición*, Barcelona: Planeta, 1979; *Adolfo Suárez. Ambición y destino*, Barcelona: Debate, 2009.

11 José Luis VILALLONGA, *El Rey*, Barcelona: Círculo de Lectores, 1993.

12 Pilar y Alfonso FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Lo que el Rey me ha pedido*, Barcelona: Plaza & Janés, 1995.

13 Ana ROMERO, *Historia de Carmen: Memorias de Carmen Díez de Rivera*, Barcelona: Planeta, 2002.

14 Javier FERNÁNDEZ LÓPEZ, *Sabino Fernández Campo. Un hombre de Estado*, Barcelona: Planeta, 2000.

15 Francisco J. SATUÉ, *Los secretos de la transición*, Madrid: La Esfera, 2005; Alfredo GRIMALDOS, *La CIA en España*, Madrid: La Esfera, 2006; Juan María PEÑARANDA, *Desde el corazón del CESID*, Barcelona: Espasa, 2012.

habría reforma política previa a la sucesión en la Jefatura del Estado. En este sentido, no se puede olvidar que el Rey “heredó” de Franco la Jefatura del Estado, pero no su poder, ni el jurídico ni el político. El jurídico, porque quedaba sujeto a las Leyes Fundamentales, singularmente a la Ley Orgánica del Estado, y porque no heredaba la potestad de dictar leyes de prerrogativa. El político, porque carecía del carisma del Caudillo frente a los sectores más integristas y al franquismo militante, que ocupaban una parte, nada desdeñable, del aparato del Estado¹⁶.

La transición de un régimen autoritario a otro democrático exigía enormes dosis de cautela con el fin de no alarmar a los sectores más conservadores. El método elegido resultaría vital: la reforma “de la ley a la ley a través de la ley”, sin violentar las instituciones, cuestionar la legitimidad de partida ni abrir un memorial de agravios contra los valedores de ésta. También se precisaba colocar al frente de las instituciones más determinantes a los hombres adictos al proyecto de la Corona, convencidos de la necesidad del cambio y del método para llevarlo a cabo.

La Presidencia del Gobierno se erigía en una de las instituciones clave. El poder excepcional de Franco se había asentado en un conjunto de disposiciones de la Guerra Civil¹⁷. Desde el 1 de octubre de 1936 fue jefe del Estado, jefe del Gobierno y comandante supremo de sus ejércitos. A estas prerrogativas unió el liderazgo del singular “partido único”, creado por el Decreto de Unificación, en abril de 1937, y más tarde diluido en “Movimiento”¹⁸.

Hasta 1973 Franco fue presidente del Gobierno y solo contó con tres vicepresidentes¹⁹. El tercero, almirante Carrero Blanco, fue nombrado el 22 de julio de 1967 y alcanzaría la presidencia seis años después. El almirante, que ascendió desde la Subsecretaría de Presidencia, elevada al rango ministerial en 1951, personificó la primacía de la “tecnocracia” y el auspicio del Príncipe Juan Carlos a la sucesión.

Poco antes de la designación de Carrero como vicepresidente se promulgó la Ley Orgánica del Estado. La séptima y última de las leyes fundamentales del

16 P. y A. FERNÁNDEZ-MIRANDA, p. 225.

17 Decreto de la Junta de Defensa Nacional 138/1936, de 29 de septiembre, por el que se nombra jefe del Gobierno del Estado español al Excmo. Sr. General de división don Francisco Franco Bahamonde, quien asumirá todos los poderes del Estado.

18 Por la Ley de 30 de enero de 1938, fecha en que su primer gobierno relevó a la Junta Técnica del Estado, la Presidencia de éste quedaba formalmente vinculada al Jefe del Estado (artículo 16), a quien desde ese momento correspondía “la suprema potestad de dictar normas jurídicas de carácter general” (artículo 17). La Ley de 8 de agosto de 1939 desvinculaba la facultad de dictar leyes atribuida al jefe del Estado de la deliberación previa de su Consejo de Ministros (artículo 7). Franco nunca renunció a estas potestades.

19 El primero fue el conde de Jordana, militar y anglófilo, que lo fue en el primer gabinete franquista compatibilizando la función con el departamento de Exteriores, al que regresó en 1942. Paradójicamente, el segundo vicepresidente, general Muñoz Grandes, que desempeñó el cargo entre 1965 y 1967, había comandado la célebre División Azul.

franquismo -si se exceptúa la Ley para la Reforma Política, tramitada ya desaparecido Franco-, fue aprobada por las Cortes el 22 de noviembre de 1966²⁰. La LOE supuso “una regulación orgánica del conjunto de las instituciones del Régimen”²¹. Los aperturistas vislumbraron en el texto inéditas posibilidades reformistas. Algunos de sus efectos quedaban suspendidos o pospuestos en espera de la promulgación de textos legales de desarrollo o del cumplimiento de ciertos supuestos, caso especial de la Sucesión. Ahora bien, el sucesor de Franco no heredaría las facultades excepcionales de éste²².

De acuerdo al texto, la situación de excepcionalidad derivada de una victoria en guerra civil daría paso a un singular Estado de derecho. La LOE se proponía “injertar una Monarquía limitada en el tronco de una dictadura constituyente y de desarrollo”, o “usar a esa dictadura como vehículo” para poner “en órbita a una monarquía limitada”²³. Contenía interesantes posibilidades (en especial, el asociacionismo político), pero naufragó por el inmovilismo de Carrero y sus acólitos, que las torpedearon.

Lo que sí se sentaba era la posibilidad de separar las funciones de jefe del Estado de las del presidente del Gobierno. Ambas magistraturas habían recaído en Franco desde la guerra civil, pero, conforme al artículo 14 de la Ley, éste podría en lo sucesivo designar un presidente del Gobierno a partir de una terna elevada por el Consejo del Reino. Se planteaba la desconcentración de los poderes de Franco. Además, un presidente más propicio a la apertura podría explorar ésta en vida del propio general y, en último término, el monarca que le sucediera podría contar con un ariete en su política democratizadora²⁴.

El 9 de junio de 1973 se producía la designación largamente esperada de presidente del Gobierno. Por primera vez el Consejo del Reino había elevado una terna, que incluyó tres nombres: Manuel Fraga Iribarne, Raimundo Fernández-Cuesta y el finalmente designado. El nombre de Carrero fue el “sugerido”, que no “impuesto”, por Franco²⁵. En aquel momento no podía ser otro el elegido, pues “desde hacía décadas, el poder ejecutivo era, en cierto modo, dual: casi todas las decisiones propiamente supremas de Franco pasaban por

20 La Ley se sometió a referéndum el 14 de diciembre posterior y se promulgó el 10 de enero de 1967.

21 R. CARR y J.P. FUSI, *De la dictadura a la democracia*, p. 176. Diez años antes habían fracasado los proyectos “constitucionales” del ministro Arrese, que incluían una “Ley de Ordenación del Gobierno”. Véase Álvaro DE DIEGO, *El franquismo se suicidó*, Málaga: Sepha, 2010.

22 Adquiridas por las citadas leyes de enero de 1938 y agosto de 1939.

23 Rodrigo FERNÁNDEZ CARVAJAL, *La Constitución Española*, Madrid: Editora Nacional, 1969, p. X.

24 Se especuló que la separación de magistraturas beneficiaría a la propia Jefatura del Estado al disociar lo inmutable e indiscutible de lo mudable y opinable. Interpretaciones pretendidamente ortodoxas de la Ley postulaban la puesta en marcha de las asociaciones políticas con carácter previo al nombramiento de jefe de Gobierno. Ello permitiría ensayar la reforma bajo la tutela de Franco. A. GRECO, “Régimen y Gobierno”, *Criba*, nº22, 7-XI-1970, p. 5.

25 Miguel PRIMO DE RIVERA, *No a las dos Españas*, Barcelona: Plaza & Janés, 2002, p. 135-136.

el consejo de Carrero. (...) Y era Carrero quien le proponía las remodelaciones gubernamentales y quien elaboraba las listas de posibles ministros”²⁶.

El magnicidio de 20 de diciembre de 1973 eliminó de la escena al valedor del Príncipe Juan Carlos y previsible presidente a la desaparición de Franco. Como ha manifestado el Rey, Carrero no se hubiera identificado con el cambio democrático -había cercenado el asociacionismo político-, pero le hubiera presentado la dimisión al monarca.

Aunque la transición suponía un itinerario con punto de partida, el régimen autoritario, y de llegada, la democracia parlamentaria de partidos, ni la ruta estaba perfectamente trazada ni había decidido más que el respeto a los procedimientos establecidos por la legalidad vigente. No obstante, sí había alguna previsión fija. Una de ellas pasaba por el nombramiento de Torcuato Fernández-Miranda para la segunda magistratura del país.

Cuando en 1969 fue elegido por las Cortes de Franco sucesor de éste en la Jefatura del Estado “a título de Rey”, Juan Carlos de Borbón juró “cumplir y hacer cumplir las Leyes Fundamentales del Reino y guardar lealtad a los Principios que informan el Movimiento Nacional”. Poco antes, su preceptor, Fernández-Miranda, le había asegurado que su juramento de las Leyes Fundamentales abarcaba la totalidad de éstas, incluido el artículo 10 de la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, el cual preveía la reforma y derogación de los textos “constitucionales”²⁷. El adusto catedrático de Derecho Político era el hombre en el que confiaba el Príncipe, aquel con el que había compartido confidencias, quien le había despejado sus escrúpulos de conciencia.

Cuando Carrero aún no era presidente del Gobierno, a principios de los años setenta, el general Armada, secretario general de la Casa del Príncipe, le espetó inadvertidamente al vicesecretario general del Movimiento en la sede ministerial de Alcalá 44: “Bueno, ya sabrás, querido José Miguel, que tu ministro será el primer presidente de Gobierno del Rey”²⁸. Como se verá, las circunstancias darían al traste con el nombramiento.

MAGNICIDIO Y CRISIS

ETA acabó con la vida del almirante el 20 de diciembre de 1973. Franco, que prorrumpió en llanto en los funerales de Carrero, “decía adiós al más fiel de

26 G. FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Río arriba*, p. 167-168.

27 P. y A. FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Lo que el Rey me ha pedido*, p. 64-65.

28 J.M. ORTÍ BORDÁS, *La transición desde dentro*, p. 111. En el tardofranquismo cuatro nombres figuraban entre las preferencias de Zarzuela como apuestas de futuro: el citado de Fernández-Miranda, y los de Alfonso Osorio, Fernando Herrero Tejedor y José Miguel Ortí Bordás. Testimonio de Alfonso Osorio recogido el 12 de junio de 2013. El hijo de Herrero Tejedor apunta el nombre su padre como hipotético primer ministro del futuro Rey. L. HERRERO, *Los que le llamábamos Adolfo*, p. 72.

sus fieles”, para quien no tenía contemplado relevo²⁹. Lo natural en esas circunstancias hubiera sido el nombramiento de Torcuato Fernández-Miranda, vicepresidente del finado y, por causa del magnicidio, presidente del Gobierno en funciones.

Fernández-Miranda, que evitó el estado de excepción y mostró una imagen serena y al tiempo firme ante la crisis, recibió del propio Franco la noticia de que no sería el elegido. “Usted y yo, Miranda, hemos de ayudar mucho al nuevo presidente”, escuchó de labios del jefe del Estado al término del breve despacho en El Pardo. El quizá más brillante político del franquismo no podía admitir la razón incontestable de Franco: no se le podía nombrar porque suscitaba el rechazo frontal de la clase política. Salió del Gobierno convencido de que “no había pasado el fielato de la familia (de Franco) porque para ella era un profesor poco de fiar”³⁰. O quizá simplemente a aquel lobo solitario que actuaba, hablaba, escribía y hasta callaba para la Historia, le interesaba que así pareciera. De ahí que, en el traspaso de poderes al nuevo Gobierno el 4 de enero de 1974, sorprendiera al remarcar la necesidad de embridar el corazón en momentos de brumas y brujas. La mayoría no pudo entender el mensaje. Unos pocos adivinaron una probable referencia a la familia y la camarilla de El Pardo. ¿Mala interpretación de lo que era evidente?. ¿Una reconstrucción más apta a su cita con la posteridad?. Ambas interpretaciones son plausibles y muy difíciles de demostrar.

La resolución de la crisis obedeció al descarte y a la improvisación. El candidato inicial de Franco fue el almirante Pedro Nieto Antúnez, probablemente su único amigo vivo. Al final, el septuagenario *Pedrolo* fue desestimado al oponerse tanto el médico personal de Franco como los hombres fuertes de su Casa Militar, los uniformados Gavilán y Urcelay, que sacaron a relucir la presunta implicación del candidato en el escándalo económico Sofico.

El prurito legalista de Alejandro Rodríguez de Valcárcel, que no quería figurar en una terna elevada desde la institución que presidía, despejó el camino a Carlos Arias Navarro, cuyo nombramiento se publicó el 29 de diciembre de 1973. En la preceptiva terna figuraron también José García Hernández y José Solís, a quienes Arias integraría en su gabinete. El nuevo presidente carecía de equipo, de tal modo que su consejo de ministros pareció un nuevo ejercicio de improvisación. La “confusa amalgama” se aglutinó en torno al “repudio a un adversario poderoso y súbitamente desaparecido”³¹.

29 J.L. VILALLONGA, *El Rey*, p. 218.

30 J.M. ORTÍ BORDÁS, *La transición desde dentro*, p. 156.

31 Arias había sido un ministro propuesto por el propio Franco a Carrero, que lo aceptó de mala gana y sin recatarse luego de indicarlo tanto a colaboradores como al propio interesado. P. y A. FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Lo que el Rey me ha pedido*, p. 182-184; Ángel BAYOD, *Franco visto por sus ministros*, Barcelona: Planeta, 1981, p. 308-309.

La crisis de 1974, en su reacción anti-tecnocrática, representó un contrapunto al ejecutivo de 1969. La presentación del programa de gobierno de Arias ante las Cortes, bautizado pronto como “espíritu del 12 de febrero”, supuso un cierto *impasse* esperanzador al rescatar el aperturismo de las asociaciones políticas. Los inmovilistas removidos llegaron a percibir en él “guiños de complicidad con los que propugnaban la demolición del Estado de las Leyes Fundamentales”³². Por vez primera, un político del franquismo, nada menos que el propio presidente del Gobierno, recuperaba para el asociacionismo la primera fila del debate público. La prensa magnificó esta declaración de intenciones en un ejercicio de afinidad electiva.

No obstante, acosado por la extrema derecha y enfrentado con la jerarquía eclesiástica, el presidente Arias fue abandonando los proyectos de apertura. Sin embargo,

“de algún modo, los gobiernos de Arias sentaron las bases últimas desde las que fue posible dar el gran salto hacia adelante que en el orden político e institucional representó la Transición para tranquilidad de los españoles y asombro de todos. Consagraron la apertura; instauraron en la sociedad un clima político propicio al cambio; identificaron progresiva y crecientemente las instituciones con el pluralismo y situaron la democracia en nuestro horizonte”³³.

Arias no era el hombre del cambio, se sentía antes albacea de Franco que responsable de un futuro que en su fuero interno no dejaba de reconocer como inevitable y, sobre todo, carecía de toda sintonía con el Príncipe de España y luego Rey. De natural desconfiado, el antiguo responsable de los servicios de seguridad se mostró muy celoso de sus prerrogativas. El “borboneo” -y es expresión que utilizó en varias ocasiones- no era algo a lo que estaba dispuesto a avenirse.

Don Juan Carlos no intervino en la conformación del gobierno que Arias diseñó tras suceder a Carrero e, incluso, hubo de contemplar la gravísima dimisión del presidente cuando, Franco agonizante, desempeñaba la Jefatura del Estado en funciones³⁴.

32 J. TUSELL y G. QUEIPO DE LLANO, *Tiempo de incertidumbre*, p. 56 y ss. Hubo incluso quien atribuyó al sucesor de Carrero una gestión conducente, por la vía rápida, a la “liquidación del Estado nacido de la victoria sobre el frentepopulismo”. G. FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Río arriba*, p. 250-251.

33 J.M. ORTÍ BORDÁS, *La transición desde dentro*, p. 165.

34 El relato mejor informado en J. TUSELL y G. QUEIPO DE LLANO, *Tiempo de incertidumbre*, p. 242-245. Véase también G. MORÁN, *Adolfo Suárez*, p. 18.

FERNÁNDEZ-MIRANDA, ¿PRESIDENTE DEL GOBIERNO?

El 20 de noviembre de 1975, y eran palabras del recién proclamado monarca, “una figura excepcional” entraba “en la historia” y el “nombre de Francisco Franco” sería ya un “jalón del acontecer español” y un “hito” al que sería “imposible dejar de referirse para entender la clave de nuestra vida política contemporánea”. La reforma no había podido preceder a la sucesión. Un nuevo escenario se le abría al atribulado Rey.

Arias fue un presidente heredado de Franco. Don Juan Carlos solo lo mantuvo inicialmente por razones de oportunidad y, sobre todo, prudencia. Como apunta Ortí, “para el Rey y para Fernández-Miranda, Arias siempre fue un presidente interino que encabezaba un Gobierno rigurosamente provisional. Su relevo estuvo previsto desde el principio”³⁵.

Al menos desde seis años antes, el Rey tenía previsto el nombramiento de Torcuato Fernández-Miranda como su presidente del Gobierno. No obstante, circunstancias sobrevenidas como la renuncia de Arias a abandonar su puesto y la renovación de la presidencia de las Cortes, pues el mandato de Rodríguez de Valcárcel expiraba el 26 de noviembre, imposibilitaron la designación.

El Rey hubo de elegir y no debía ofrecer la impresión de cambio brusco. En ese momento, hubiera podido forzar el abandono de Arias, pero no sin enajenarse la animadversión de un *búnker* probablemente minoritario pero bien situado para torpedear los primeros pasos de la reforma.

Desde el mes de octubre anterior, con Franco en la fase final de su enfermedad, los contactos entre el todavía Príncipe y su principal consejero se intensifican. Fernández-Miranda medita largamente sobre la necesidad de un presidente de las Cortes, y en consecuencia del Consejo del Reino, con una “condición esencialísima” por encima de las demás: “la lealtad inequívoca y segura y cierta al Rey”. Su segundo pensamiento gira en torno a la provisión de la presidencia del Gobierno, “otra clave del éxito inicial de la acción del Rey”; de cualquier modo, “otra” y no “la” clave fundamental de éste, que fija en la presidencia de las Cortes y el Consejo del Reino³⁶. No se puede descartar que en ese momento, cuando aún Arias no le había presentado la dimisión al Príncipe, Fernández-Miranda dedicara menos atención a esta magistratura, fiado en que solo él estaba llamado a ocuparla.

Pese a todo, había que disponer de un plan b. En ese mes Fernández-Miranda anotó cuatro nombres posibles para encabezar el Ejecutivo: Arias, Rodríguez de Valcárcel, Antonio Garrigues y José María López de Letona. Los dos primeros suponían una posibilidad real, aunque no deseada; los dos últimos,

35 J.M. ORTÍ BORDÁS, *La transición desde dentro*, p. 210.

36 P. y A. FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Lo que el Rey me ha pedido*, p. 102-111.

una hipótesis más favorable a los planes regios. Anotó otra veintena de nombres, aunque probablemente sea ya imposible precisar para qué cometidos.

Torcuato acude a Zarzuela a primera hora del lunes 20 de octubre. Don Juan Carlos quiere prever el inminente final de Franco y le habla de “caras nuevas”, de “sorprender por la novedad del primer Gobierno de la Monarquía”. Al final, le espeta a bocajarro: “Creo que no podré seguir con Arias y mi candidato eres tú. Pero me temo que no va a ser posible”. El sucesor cree poder remover a Arias, pero no confía en lograr una terna favorable en el Consejo del Reino. Sin embargo, ello aún no descarta a Fernández-Miranda. Las mismas dificultades en el Consejo las encontraría más tarde el monarca para forzar la designación de su favorito para la presidencia de las Cortes.

Los estudiosos de los papeles personales del Fernández-Miranda sitúan la renuncia del tanto tiempo presidente *in pectore* la tarde del 22 de octubre.

- ¿Quieres ser presidente del Gobierno o presidente de las Cortes? -interpela presuntamente el aún Príncipe de España.

- Al hombre político que soy le gustaría más ser presidente del Gobierno, pero puedo seros mucho más útil como presidente de las Cortes -respondería el cerebro de la posterior reforma política³⁷.

Resulta muy difícil comprobar la veracidad de esta temprana renuncia. Solo constan dos fuentes: una fallecida y otra, en virtud de su arbitral responsabilidad, no puede ser explorada.

El día 26 Torcuato Fernández-Miranda recibe a López Rodó, quien le mueve a asumir la presidencia del Gobierno y recuperar a los compañeros del gabinete Carrero. Se limita a darle largas. Poco después, en Zarzuela apenas disimula su perplejidad ante el giro que observa en el “sucesor a título de Rey”. Éste, que ha almorzado la víspera con Mondéjar y el general Armada, le explica que “respecto a ti, ellos se inclinan más por el presidente del Gobierno que de las Cortes”. Fernández-Miranda adivina en Armada torticeras intenciones de desplazarlo en el favor principesco y cree que, antes que compartirlos, “se adapta” a los planteamientos del Príncipe. Además, atribuye al futuro soberano distintas influencias. Sabe que él es la principal, pero no la única (“Me acepta como consejero, pero no soportaría un tutor”). Una vez más, o al menos así lo deja recogido en sus papeles personales, niega al político de raza que lleva dentro y declina la presidencia del Gobierno. Una idea queda clara: aún era el candidato de Zarzuela para presidir el Gobierno; otra, no tanto: las razones de uno, el escogido, y otros, el círculo de Zarzuela, para auspiciarlo o desecharlo.

³⁷ *Ibidem*, p. 111-112. Ese mismo día Don Juan Carlos habría indicado al embajador de los Estados Unidos, Wells Stabler, que pensaba relevar a Arias en cuanto pudiese, si bien sin dar el nombre de su candidato. C. POWELL, *El amigo americano*, p. 294. Areilza debió de presionar ante los norteamericanos para postularse como relevo. C. POWELL, *El amigo americano*, p. 339.

En los días siguientes la posición del Príncipe -siempre según el testimonio del catedrático- parece evolucionar hacia el nombramiento de Torcuato como presidente de las Cortes, en previsión de su futuro nombramiento como jefe del Gobierno, un planteamiento que el interesado presuntamente habría desechado³⁸, y que asumió el primer biógrafo de Suárez:

“El Rey (sic) sugirió a Torcuato que postulase para presidir el Consejo de Ministros. Si había que retirar a Carlos Arias, nadie como él podía hacerse cargo de la situación; conocía como pocos el régimen que acababa de morir vegetativamente, y sabía hacia dónde debía ir para evitar la ruptura política con el viejo sistema. Se conocían, Rey y vasallo, desde hacía veinte años; empezaron como profesor y alumno, y ahora se encontraban en situación similar, aunque invertida. Torcuato rechazó el ofrecimiento de presidente en un gesto que le honra más por clarividente que por modesto: ‘Prestaré mejor servicio a la Corona presidiendo las Cortes... y el Consejo del Reino’. Porque ambos cargos iban pegados como las cabezas de dos siameses; para que la operación posfranquismo fuera exitosa, hacía falta mantener los dos cuerpos con vida. Llegaría el tiempo de la inevitable operación quirúrgica”³⁹.

No obstante, la prolongación de la agonía de Franco no había cerrado todas las posibilidades. Se barajó otro nombre para relevar a Arias y encabezar el primer gobierno de la Corona.

LA OPERACIÓN LOLITA

La Operación Lolita contempló la remoción de Arias Navarro a la inmediata muerte de Franco. El candidato era José María López de Letona, ingeniero de Canales, Caminos y Puertos. Ministro de Industria en el gabinete Carrero de 1969, procedía de la Comisaría del Plan de Desarrollo. Lo promovió López Rodó y representaba el perfil arquetípico del “tecnócrata”, en este caso el de “un empresario sin (previa) experiencia política”. No estaba vinculado al Opus Dei, a diferencia de los otros “lópeces”⁴⁰.

38 P. y A. FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Lo que el Rey me ha pedido*, p. 115-121.

39 G. MORÁN, *Adolfo Suárez*, p. 14-15.

40 “No soy, ni siquiera, simpatizante del Opus Dei”, declaró en septiembre de 1974. Santiago LÓPEZ CASTILLO, *40 en juego*, Madrid: CVS Ediciones, 1975, p. 40. El testimonio personal de su promoción al Gobierno en A. BAYOD, *Franco visto por sus ministros*, p. 206-208.

Aunque con un perfil más bien gris y no complicado en reivindicaciones de apertura, por edad no había podido combatir en la guerra civil. En septiembre de 1974 había afirmado, con grandes dosis de prudencia, que la “adhesión política al Sistema se debilita”, y que “el país y sus instituciones son una cosa con Franco y serán una cosa muy distinta sin él”⁴¹. Un antiguo compañero de gabinete subrayaría retrospectivamente que “López de Letona (...) no creía en la continuidad del Estado de las Leyes Fundamentales, quizá sí en el parlamentarismo”⁴².

Morán atribuye la apuesta a los “ingenuos talentos políticos que rodeaban la Zarzuela a la muerte del Dictador”, convencidos de que Arias presentaría la dimisión y de que el Rey podría inaugurar su reinado con presidente propio. Del elegido

“se podía decir como máxima virtud, que nunca fue demasiado de nada, aunque siempre estuvo en todas partes. Filosófica reflexión que indica sin saña la conclusión más evidente: los asesores de Juan Carlos anteriores a Fernández Miranda (o paralelos, añadimos), eran consejeros áulicos, no en sentido goethiano sino en el físico: estaban sentados en la Corte”⁴³.

No podía prosperar la apuesta. López de Letona ha relatado cómo, a principios de noviembre de 1975, un “buen amigo” le reveló que el Príncipe Juan Carlos barajaba su nombre para sustituir a Arias a la muerte de Franco. Un “grupo muy reducido de personas de la máxima confianza” del inminente sucesor había presuntamente confeccionado un “retrato robot” del elegido: debía ser “independiente, y no adscrito a ninguna familia política; tener conocimientos de los altos niveles de la Administración Pública y poseer una buena experiencia en materia económica”. En el descarte de nombres había quedado el suyo. El citado amigo anónimo le adelantaba, además, la llamada de Torcuato Fernández-Miranda, aval último de la verosimilitud de la iniciativa. El mismo informante, pasados unos días, volvió a visitarle para comunicarle que el Príncipe había enviado emisarios para sondear algunas cancillerías europeas; el presidente francés, Valéry Giscard d’Estaing, respaldaba la designación⁴⁴.

41 Santiago LÓPEZ CASTILLO, *40 en juego*, p. 43.

42 G. FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Río arriba*, p. 178.

43 G. MORÁN, *Río arriba*, p. 18-19.

44 VV.AA., *1975-1995. Veinte años de nuestra vida*, p. 154-156. El megalómano Giscard pretendía actuar de protector del Rey de España y a establecer una especie de señoría sobre la inminente democracia vecina. El mismo Rey lo deja caer en J.L. VILALLONGA, *El Rey*, p. 224.

El protagonista de la Operación Lolita ha dejado caer que no visitó a don Juan Carlos ni a Fernández-Miranda antes del 20 de noviembre. Sí acudió a la casa de Manuel Prado y Colón de Carvajal, amigo íntimo del luego soberano, a quien acompañaban Carlos Pérez del Bricio y Adolfo Suárez, además de un retrato autógrafo del ya aludido presidente Giscard⁴⁵. A juicio de Prado, el nombre de López de Letona fue escogido por el luego Rey de entre una lista (Areilza, López Bravo, Barrera de Irimo, Pérez Bricio...) proporcionada por “algunas personas cercanas al Príncipe (que) aportamos varios nombres, nunca con la pretensión de resaltar a un amigo”. Se le antojó, además, “verosímil” que el “empujón definitivo” lo diera la aquiescencia de Giscard⁴⁶.

Los biógrafos de Torcuato Fernández-Miranda apuntan un encuentro con éste, el 5 de noviembre, que López de Letona niega. Puede que bailen fechas, pero la anotación del catedrático de Derecho Político sobre su ex colega de gabinete resulta inequívoca: “Me hace una exposición de apertura y cambio, y, me parece, quiere demostrar que tiene grandes contactos con socialistas, Solana, F. González, etc.”. Tampoco parece verosímil el encuentro nocturno en casa de Fernández-Miranda que Letona sitúa tras la muerte del caudillo. No parece propio del evitador de “trampas saduceas”, voluntariamente abstencionista y huidizo, ser el mensajero del ofrecimiento de un inminente monarca -la presidencia del Gobierno- confeccionado por otros.

El 7 de noviembre Fernández-Miranda acude a Zarzuela. Franco se muere y el Príncipe insiste en remover a Arias: “Letona lo hará muy bien”. Torcuato, de nuevo presuntamente, habría callado. El día 12 se celebra nuevo encuentro en Palacio, donde se comenta lo crítico de la situación: Arias es incapaz de manejar los acontecimientos y sus propios ministros lo saben... e inician el despegue⁴⁷. Lo que parece claro, que Arias no seguirá, en pocas horas dejará de estarlo.

El día 13 el Príncipe da cuenta por teléfono a su antiguo preceptor de la dimisión de Arias tras un despacho a sus espaldas, y en su calidad de jefe de Estado en funciones, con los ministros militares. Ha tenido que pedirle reiteradas disculpas. Una vez más, vuelve a sentir la urgencia de prescindir de un jefe de Gobierno incompatible con sus planes y, parece que olvidándose de López de Letona, desanda el camino: le ofrece de nuevo la presidencia del Gobierno a Fernández-Miranda, quien, una vez más declina. Horas más tarde, el joven -e interino- jefe del Estado recapacita:

“... sí, en el fondo a ti te prefiero en la presidencia de las Cortes y en el Consejo del Reino, ahora es pieza más

45 VV.AA., 1975-1995. *Veinte años de nuestra vida*, p. 157.

46 VV.AA., 1975-1995. *Veinte años de nuestra vida*, pp. 134-135.

47 G. FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Río arriba*, p. 123 y ss.

clave, de más confianza... sí, en presidencia del Gobierno acabaríamos teniendo roces y tensiones inevitables por naturaleza P.G. (Presidencia del Gobierno)... y yo te necesito unido... sería terrible después de quince años otra cosa... No sé si sabes lo que eres y has sido para mí..."⁴⁸.

Como tras el magnicidio de Carrero, gran parte de la clase política franquista se moviliza contra Torcuato. No desean que acceda a la Presidencia de Gobierno... ni a la de las Cortes. La diferencia estriba en que para Franco había significado poco más que un político brillante; para el que será Rey lo es casi todo. No puede prescindir de quien le ha enseñado todo en política, de quien le aseguró que la reforma "de la ley a ley" conjuraría la amenaza del perjurio y conoce la brújula para sortear los procelosos océanos del cambio.

El 20 de noviembre Franco atraviesa definitivamente los umbrales de la historia y, abrumado, el ahora Rey cita en Zarzuela ese mismo día a su antiguo preceptor. Le confía las dificultades que está encontrando para incluir su nombre en la terna del Consejo del Reino. Tampoco ha olvidado el nombre de López de Letona, a quien Fernández-Miranda saluda al siguiente día, socarrón, en el Palacio de Oriente: "Hola, hombre importante"⁴⁹.

La Operación Lolita sigue su curso y Torcuato empieza a vislumbrar que le están saliendo demasiados valedores. El principal parece Alejandro Fernández Sordo, ministro de Relaciones Sindicales. El retrato-robot del sucesor de Arias ha sido confeccionado por los "tecnócratas", adversarios del entonces primer ministro. Se proponen recuperar la influencia directa ante don Juan Carlos, perdida con la muerte del almirante.

Fernández Sordo actúa como un satélite de esa "tecnocracia" a la que no pertenece. Tiene acceso al Rey y a los medios diplomáticos y periodísticos. Fernández-Miranda, que le recibe sin comprometerse, adivina en él torticeras intenciones, que extiende a otros como Martínez Esteruelas o Allende. Estos tres ministros son de los pocos mantenidos por Arias de la etapa Carrero.

Torcuato empieza a ver dos maniobras paralelas en la Operación: una, querida por todos los que están detrás, que consiste en desplazar a Arias para nombrar un presidente del Gobierno afecto y, probablemente, concertado y condicionado; y una segunda, inspirada por aquellos que no sentían por él el menor aprecio ni la menor confianza, que buscaba matar dos pájaros de un tiro, desplazándole definitivamente⁵⁰.

48 P. y A., FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Lo que el Rey me ha pedido*, p. 126.

49 VV.AA., 1975-1995. *Veinte años de nuestra vida*, p. 157.

50 P. y A. FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Lo que el Rey me ha pedido*, p. 128-129.

Corroboraba su hipótesis la propuesta de Fernández Sordo de mover a Rodríguez de Valcárcel a la Secretaría General del Movimiento, una plataforma que se demostraría esencial para el antiguo profesor del Príncipe. El encuentro entre ambos asturianos se repitió de forma decisiva el día 27.

“- ‘Primero Gobierno, después Cortes’ -Fernández Sordo insiste en la Operación Lolita.

- ‘No entro en ello, lo que el Rey quiera’ -Fernández-Miranda, esquivo.

Entonces el primero desliza una impertinencia – ‘el Rey hará lo que tú digas’-, que el interpelado rechaza con determinación y evidente desagrado”⁵¹.

Fernández Sordo es la cabeza visible de quienes desean medrar en la nueva situación y saben que, para hacerlo, han de quitarse de en medio al principal escollo, un lobo solitario sin equipo propio, pero que, en contrapartida, goza de la ilimitada confianza del *factótum* del cambio. Sordo y los suyos tratan de nadar y guardar la ropa y el monarca únicamente juega contra su impaciencia por relevar a un presidente inasequible.

El Rey se traga el sapo: se olvida de la Operación Lolita y de una parte de sus sueños inmediatos, y apuesta a medio plazo. Si logra el apoyo de Arias, el Consejo del Reino comenzará a ser manejable, porque ¡el poder es el poder... y la mayor parte del poder se encuentra en la presidencia del Gobierno! Sin llegar a confirmar expresamente a Carlos Arias, le pide su apoyo para sacar a Torcuato en la terna del Consejo del Reino⁵².

Quien no le ha presentado la renuncia ni siquiera por cortesía, se le muestra ahora untuoso. Moverá cuantos resortes personales tiene en el Consejo del Reino para forzar la terna. Pero el soberano confía a Fernández-Miranda que va a jugar sus propias cartas acudiendo, a su vez, a los consejeros afectos.

Arias Navarro -explica Morán- tenía plena conciencia de que su principal competidor se apellidaba Fernández-Miranda, por eso apoyó entusiasmado la idea de enviarle a la Presidencia de las Cortes, demasiado mediatizadas por el ejecutivo para que supusieran un peligro inmediato. Le preocupaba, eso sí, que presidiera el Consejo del Reino, órgano enmohecido, que se desapollillaba cada varios años, en históricas sesiones, pero que en determinadas coyunturas había

51 Fernández-Miranda “valoraba por encima de todo saber guardar un secreto” y concebía el silencio como “el álgebra superior de la política”. J.M. ORTÍ BORDÁS, *La transición desde dentro*, p. 112.

52 P. y A. FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Lo que el Rey me ha pedido*, p. 130-134.

que contar con él, aunque sólo fuera para disciplinarle. Como no hay felicidad sin riesgo, Arias la adoptó consciente de que se trataba de un mal menor, que le daba algunos años de respiro⁵³. Los “años de respiro” se le quedarían a Arias en seis meses.

FERNÁNDEZ-MIRANDA, EN LAS CORTES Y EL CONSEJO DEL REINO

La actitud de Arias, sin intención de marcharse⁵⁴, y la opinión del círculo de Zarzuela -“bastaba, en definitiva, que hombres de ascendencia en el nuevo régimen como el general Alfonso Armada, secretario del Rey, considerasen que jubilar a Arias era ‘un error, un gran error’, para que la ‘operación Lolita’ se transformara en pasto de historiadores”-,⁵⁵ condujeron finalmente a Fernández-Miranda a la presidencia de las Cortes y del Consejo del Reino.

La reunión del Consejo del Reino se celebró el 1 de diciembre de 1975, tras las gestiones de Arias y del soberano, quien contaba con dos bazas: Lora Tamayo, presidente en funciones del organismo tras el cese de Rodríguez de Valcárcel, y Miguel Primo de Rivera, amigo personal y pariente de los Oriol, que sumaban dos asientos en el Consejo.⁵⁶

Tras una reunión de casi siete horas Fernández-Miranda obtuvo 14 votos, para 12 de Licinio de la Fuente y 6 de Emilio Lamo de Espinosa, brillante eminencia gris de Arrese en su intento refalangizador del Estado de 1956 y testimonial expresión de una última resistencia falangista. Primo de Rivera, pese a su apellido, había convencido a sus parientes monárquicos en el Consejo, pero no a los falangistas⁵⁷. La terna, eso sí, fue enteramente “azul”.

La continuidad de Arias también se cierra entonces. Tras la reunión del Consejo del Reino, Girón de Velasco, ex ministro de Trabajo y consejero del Reino, telefona al nuevo presidente *in pectore*. En el encuentro del día siguiente Girón protagoniza una rocambolesca defensa de Arias, en quien no halla “un átomo de bien”, pero había de seguir “ahora” porque “otra cosa sería borbonismo, muy grave”. Quien había denostado públicamente la que entendía como política entreguista y liberticida en vida de Franco (publicó en *Arriba* un

53 G. MORÁN, *Adolfo Suárez*, p. 15.

54 Arias solicitó informes jurídicos sobre su permanencia como presidente muerto Franco y tanteó, a través del SECED, las posibles reacciones políticas, incluida la “oposición tolerada”. J. TUSELL y G. QUEIPO DE LLANO, *Tiempo de incertidumbre*, p. 234-239.

55 G. MORÁN, *Adolfo Suárez*, p. 16.

56 Parece que Antonio Carro, ministro subsecretario de la Presidencia, llamó a última hora a Fernández Sordo, ministro de Relaciones Sindicales, para presionar a los dos representantes de Sindicatos en el organismo. El objetivo era forzar una terna integrada por los tres vicepresidentes del Gobierno: José García Hernández, Rafael Cabello de Alba y Fernando Suárez González. M. PRIMO DE RIVERA, *No a las dos Españas*, p. 164.

57 *Ibidem*.

manifiesto tildado de *gironazo* en abril de 1974), quería cobrarse su atención a los deseos regio⁵⁸.

El 3 de diciembre Fernández-Miranda tomó posesión en las Cortes: “Me siento total y absolutamente responsable de todo mi pasado. Soy fiel a él, pero no me ata. Porque el servicio a la Patria y al Rey son una empresa de esperanza y de futuro”. Fue un recuerdo también sincero de Franco y Carrero que se cerró con el último grito de “¡Arriba España!” escuchado en las Cortes, estruendosamente respondido⁵⁹. Una vez más, escogió palabras contemplando no solo el momento sino la futura letra impresa de los libros de Historia.

A última hora de ese día el Rey se reúne con su nuevo presidente de las Cortes, el general Armada y el marqués de Mondéjar en Zarzuela, donde triunfa la tesis Armada, esto es, la confirmación del presidente nombrado por Franco. Al día siguiente el presidente de las Cortes visita a Arias:

- ¿Por qué jugáis el Rey y tú al ratón y al gato? (...) El Rey quiere que tú sigas, pero debe aclararse todo.

Las anotaciones de Fernández-Miranda registran la perplejidad de éste, pero no las respuestas de Arias. El monarca está contrariado: ha confirmado a su jefe de gabinete sin que éste se dé por enterado. El día 5 es el Rey quien telefona al presidente Arias, quien abandona la reunión gubernamental para atender la llamada. Don Juan Carlos le indica la conveniencia de “hacer pública” la confirmación y Arias se excusa en ¡haberlo olvidado!. Fernández-Miranda relaciona esta falta de sintonía con la “herida grave” del 13 de noviembre anterior, fecha en que Arias le dimitió al entonces Príncipe y jefe de Estado interino en plena Marcha Verde y con Franco agonizante⁶⁰. “(...) no existió”, explica Morán, “tal confirmación más que cuando el Rey forzó las cosas y comunicó, en el último cuarto de hora del Consejo de Ministros, que Arias seguía siendo presidente, y que en pura lógica los ministros debían dimitir”⁶¹.

La composición del nuevo Gobierno se bosqueja el día 6 en Zarzuela cuando el Rey habla (sugiere a Areilza, Fraga y Garrigues), Torcuato calla y Arias asiente; y, sobre todo, en un encuentro entre los dos presidentes en el domicilio del desconfiado jefe de gabinete. Arias piensa que el hombre del Rey “trae en el bolsillo de su traje, de corte tan antiguo que se imagina ganado en unas oposiciones, la lista de ministros que han elaborado el Rey y él”. No está

58 P. y A. FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Lo que el Rey me ha pedido*, p. 136.

59 G. MORÁN, *Adolfo Suárez*, p. 14-15.

60 P. y A. FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Lo que el Rey me ha pedido*, p. 141-144. El día 9 de diciembre Arias le comentó a Areilza que, pese a su negativa a continuar al frente de la nave, el Rey le había convencido acerca de la permanencia. J.M. AREILZA, *Diario de un Ministro de la Monarquía*, p. 13.

61 G. MORÁN, *Adolfo Suárez*, p. 19.

por la labor de dejarse “borbonear”, por lo que su satisfacción va pareja a su sorpresa cuando, a medida que desgrana sus propuestas, Fernández-Miranda asiente sin reconvencción ninguna. Solo al final de la conversación este último propone a Adolfo Suárez, presidente de la asociación política Unión del Pueblo Español, para la Secretaría General del Movimiento. La “larga cambiada” deja a Arias encantado: Solís, preconizado por el propio Franco -muy significativa la aclaración de Arias-, queda finalmente desplazado a Trabajo. El presidente del Gobierno se quita de en medio al díscolo Fernando Suárez gracias a otros (Torcuato y el Rey) y el de las Cortes, según entiende, obtiene una victoria que no llega a pírrica: colocar a un oscuro joven del Movimiento en un Ministerio que, encargado de hacer política, apenas ha podido hacer retórica⁶².

La delicadeza del Rey y su antiguo preceptor permitieron a Arias, aún entonces sin equipo, asumir un granado grupo reformista sin sentirse presionado. Según Tusell, quien acabó de darle forma al gobierno fue Fraga, quien confeccionó la primera declaración pública del ejecutivo⁶³. No hay duda de que el gobierno estaba más cerca del Rey que de su presidente, y su rasgo más notable es que llevaba en sí el germen de su destrucción; cada uno estaba en él por razones diferentes. Antes de que terminara la toma de posesión del Gabinete, los invitados menos perspicaces se dieron cuenta, que con aquel Gobierno se abría la interinidad de Arias, y se disparaba el tiro que lanzaba a los ministros-atletas a la carrera por substituirle⁶⁴.

Al menos en cuatro ocasiones, antes de la muerte de Franco, el Rey había confiado a Alfonso Osorio que no removería a Arias, pero que de su nuevo Gobierno saldría su relevo, esto es, el presidente que acometería la Reforma Política⁶⁵.

EL HOMBRE QUE PUDO GOBERNAR

Refuerza la interinidad abierta de Arias la nueva decepción del Rey y el presidente de las Cortes el 13 de diciembre. Ese día el heredado presidente asume la misión de “perseverar” en el “espíritu del 12 de febrero”, una apuesta notoriamente fallida y, sobre todo, explicable en los estertores del franquismo, pero no en la apertura de una nueva etapa. “¿Cabe mayor ceguera de pensamiento? ¡Y el Rey, qué!”, anota Fernández-Miranda⁶⁶. En las semanas siguientes se registra

62 *Ibidem*, p. 20-21 y P. y A. FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Lo que el Rey me ha pedido*, p. 145-147.

63 J. TUSELL y G. QUEIPO DE LLANO, *Tiempo de incertidumbre*, p. 257-259.

64 G. MORÁN, *Adolfo Suárez*, p. 23. Solo faltaba un primer espada franquista, el democristiano Silva Muñoz, que se mostró en extremo presuntuoso. El abrumado Rey necesitaba a todos los hombres de valor... aunque no a cualquiera de los precios.

65 Testimonio de Alfonso Osorio recogido el 12 de junio de 2013.

66 P. y A. FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Lo que el Rey me ha pedido*, p. 147.

el discreto desenganche de los más jóvenes aperturistas con respecto a Arias⁶⁷, quien el 11 de febrero se declaró “mandatario de Franco y de su testamento”, así como “un estricto continuador del franquismo en todos sus aspectos”⁶⁸. A finales de abril, en un discurso televisivo que sus ministros conocieron al tiempo que el resto de los españoles, regresó a la beligerancia contra la oposición “agazapada”, “minoritaria” y “clandestina”⁶⁹. El más brutal perfil del primer presidente, accidental, de la Monarquía lo trazó su ministro de Exteriores:

“Carlos Arias es un personaje enigmático, no tanto por su personalidad cuanto por haberle correspondido un papel de enorme responsabilidad histórica, porque ‘estaba allí’, en el puesto clave de los acontecimientos; al morir Carrero; al enfermar Franco; al morir éste; al proclamarse el Rey. Su talla de gobernante era cuestionable; su autoridad, nula. No conocía a fondo los problemas políticos, económicos ni sociales del país. Su experiencia era esencialmente policiaca y represiva. Su pasión, los servicios secretos. Su camarilla era de escaso relieve y de ninguna proyección en la vida nacional. En materia internacional, su indiferencia y desconocimiento rayaban en lo extremo”⁷⁰.

Su relevo era solo cuestión de plazos, marcados ahora por Fernández-Miranda. Sin prisa, pero sin pausa, el antiguo profesor del soberano va desbrozando en los meses siguientes el camino para la reforma política. Al tiempo va deshojando la margarita del sucesor de Arias. Con el preceptivo asenso del monarca, esa decisión será enteramente suya. Presidirá el Gobierno quien él decida.

Corroborar lo anterior que “poco después de suceder a Franco”, el Rey confiara a Gonzalo Fernández de la Mora que “esperaba la primera oportunidad para destituir a Arias”. El ex ministro de Carrero, para retrotraerse a la situación de 1969, propuso varios nombres, en su mayor parte adscritos a su “familia” política: López Rodó, Silva, López Bravo, Oriol, etc. Todos fueron rechazados por el jefe del Estado, que se mostró evasivo al salir el nombre del “falangista de alcurnia” Fernández-Miranda. En su despacho del Banco de Crédito Local, Fernández-Miranda fue interpelado a bocajarro por el ex titular de Obras Públicas:

- ¿Quién es tu candidato para presidir el Gobierno?
- Alguien que haga lo que yo le diga.

67 J. TUSELL y G. QUEIPO DE LLANO, *Tiempo de incertidumbre*, p. 263.

68 J.M. AREILZA, *Diario de un Ministro de la Monarquía*, p. 84.

69 A. OSORIO, *Trayectoria política de un ministro de la Corona*, p. 69.

70 J.M. AREILZA, *Diario de un Ministro de la Monarquía*, p. 217.

Ante la perplejidad del interlocutor, la doble evasiva del ingeniero de la Reforma Política -“no te esfuerces, porque no lo adivinarás”- seguramente ocultaba el que aún no había deshojado la margarita. Todavía no tenía el nombre⁷¹.

Descartada la Operación Lolita y, con ella, definitivamente López de Letona⁷², en Zarzuela comenzaron a manejarse dos posibles listas. Una incluía los nombres esperables aun para los analistas políticos menos avezados, esto es, a los reformistas franquistas de peso, partidarios de la democratización y ya integrados, a sugerencia del monarca, en el gabinete Arias. Se trataba de Fraga, cuyo protagonismo en Gobernación quemaría sus posibilidades de futuro. Su contrapunto era Areilza, monárquico, aristócrata y diplomático, así como la baza más clara. Escasamente quemado, había recorrido las cancillerías occidentales vendiendo las bondades de una democratización que no acababa de llegar con Arias⁷³. Un tercer nombre podría ser el de Antonio Garrigues y Díez Cañabate, titular de Justicia.

No obstante, la lista correcta no obedecía a personalidades concretas, sino a un perfil prefijado. Y quien la confeccionaría y dirimiese, en última instancia, sería Torcuato Fernández-Miranda, probablemente deseoso de ser presidente desde las sombras; por persona interpuesta; en definitiva, *de facto*. De ahí la plausible, aunque extrañamente atrevida, afirmación del aludido a su antiguo colega de gabinete sobre la designación de “alguien que haga lo que yo le diga”.

Al nuevo retrato-robot, ahora destinado a tener fortuna, se le han atribuido distintos inspiradores. Se ha hablado del Consejo Privado de Don Juan, el pretendiente exiliado. Extraña que esta ineficaz junta no se hubiese inclinado por un hombre propio como el citado Areilza, pero sorprende del mismo modo que los nombres barajados por la pequeña Corte de Estoril perteneciesen sin exclusión al Movimiento: Adolfo Suárez, José Miguel Ortí Bordás y Rodolfo Martín Villa. En segundo lugar, se ha atribuido el diseño a la CIA⁷⁴. La Agencia pudo conocerlo, pero resulta más plausible pensar que fue el SECED (Servicio

71 G. FERNÁNDEZ DE LA MORA, *Río arriba*, p. 255-256.

72 López de Letona recibió una llamada del Rey el 7 de diciembre de 1975. Don Juan Carlos le agradeció su disposición y le adelantó que Arias le ofrecería la cartera de Obras Públicas en el primer gabinete de la Corona. No fue así. VV.AA., *1975-1995. Veinte años de nuestra vida*, p.158.

73 Pese a todo, la designación de Areilza parecía poco probable. Don Juan Carlos atribuía la mala reacción de Don Juan ante su nombramiento como “sucesor a título de Rey” en 1969 a la incompetencia de Motrico, al que en el tardofranquismo el embajador norteamericano en Madrid creía “el más listo, más ambicioso y con menos escrúpulos” de todos los opositores al Régimen. C. POWELL, *El amigo americano*, p. 85-86 y 110.

74 Lo cierto es que los estadounidenses parecieron llamativamente desinformados de cómo se desarrollarían posteriormente los acontecimientos. Nunca sospecharon el papel primordial que desempeñaría el “enigmático” Fernández-Miranda. En 1971 barajaban cuatro nombres para presidir el primer Gobierno del Rey: López Bravo, López-Rodó, Manuel Díez-Alegría y Silva Muñoz. C. POWELL, *El amigo americano*, p. 136.

Central de Documentación de la Presidencia del Gobierno) o servicio de espionaje español el que caracterizó al futuro presidente⁷⁵.

Descartado Fernández-Miranda para presidir el Consejo de Ministros, el aludido retrato-robot difería notablemente del “tecnócrata” de la Operación Lolita. El candidato debía ser, en primer lugar, un político joven. Habría de carecer, además, de patrimonio económico personal. Su ejecutoria al servicio del Estado, por último, habría de ligarse indiscutiblemente al Movimiento.

La juventud resultaba nota obligada, pues quien condujera a España a la democracia no debía haber participado en la Guerra Civil; algo que sí afectaba, curiosamente, a Fernández-Miranda, empeñado en la sutileza de reconocer como “condicionante” un pasado que a su juicio no significaría una “atadura”, o al inefable Areilza, enlace de Mola en los preparativos bélicos y primer alcalde franquista de Bilbao. Su adscripción a la denominada “Generación del Príncipe” o “Generación de la Paz” avalaba su participación en la empresa conciliadora de quien deseaba ser “el Rey de todos los españoles”. Si Arias representaba el pasado, su sucesor habría de encarnar el presente de una sociedad española pujante y dinámica, europea.

A diferencia de la preferencia “tecnócrata” hacia quien dispusiera de medios de fortuna y una posición preeminente en el mundo bancario y/o empresarial, el nuevo presidente debía conectar con las clases medias del país. Un hombre hecho a sí mismo, que le debiera todo a las oportunidades del sector público y, a ser posible, procedente de alguna zona periférica o rural de España.

Finalmente, su extracción del Movimiento se explicaba en la conexión con el franquismo sociológico. El candidato debía ser grato al sector mayoritario de la parte politizada del país, que era bastante menor de lo que se suponía. Su popularidad debía ser alta y a ella no serían ajenas sus personales dotes de seducción o capacidad comunicativa. Qué mejor opción, por lo tanto, para ponerlo en órbita que el trampolín de la Secretaría General del Movimiento. Resulta paradójico, pero -bien pensado- impecablemente natural que el en tantas ocasiones inane Movimiento adquiriese un protagonismo excepcional en la transición democrática. Los historiadores muchas veces no han querido verlo. El Movimiento se desmontaría a sí mismo porque una mayoría de sus jóvenes integrantes habían asumido tiempo atrás el convencimiento democrático, decantado en una particular escuela de convivencia (el Frente de Juventudes, el SEU). Los alevines *azules* creían

⁷⁵ La cuestión, de forma sintética, en J.M. ORTÍ BORDÁS, *La transición desde dentro*, p. 250-255. Véase también R. PÉREZ ESCOLAR, *Memorias*, p. 194; Francisco J. SATUÉ, *Los secretos de la transición*, p. 139-140 y 146; A. GRIMALDOS, *La CIA en España*, p. 27.

en la política porque estimaban la libertad, a diferencia de la economía, el resorte decisivo en la vida de los pueblos.

Sin duda, el ministro secretario general del Movimiento, merced a sus desplazamientos por el país y a la presencia televisiva, era uno de los rostros públicos más conocidos entre los españoles.

En algún momento entre el 5 y el 12 de diciembre, esto es, entre la dolorosa confirmación regia de Arias y la constitución de su nuevo Gobierno, el general Armada celebra un almuerzo en el restaurante La Nicolasa con Alfonso Osorio. El Secretario General de la Casa del Rey le informa al abogado del Estado de que va a formar parte del nuevo Gobierno en calidad de ministro de la Presidencia. Así ocurriría y más tarde, al cesar Arias, Osorio ocuparía la vicepresidencia con su sucesor, Adolfo Suárez⁷⁶.

Ahora bien, la segunda información, que Armada daba por hecha, no se cumpliría. La revelación, hasta ahora inédita, consistía en que el nuevo ministro-secretario general del Movimiento sería José Miguel Ortí Bordás. De ahí la sorpresa de Osorio cuando al hacerse público el nuevo equipo ministerial de Arias vio confirmado su nombramiento, pero no así el de Ortí, que quedaba fuera del Consejo de Ministros. Su desconcierto fue manifiesto al entender que el excluido era un caracterizado aperturista y partidario de la Reforma Política. De haberse sustanciado el nombramiento, del que el beneficiario no ha sabido hasta fechas recientes, el presidente del posterior Gobierno, el de la Reforma Política -y, muy probablemente, el de la convocatoria de las primeras elecciones libres en cuarenta y un años- hubiera sido José Miguel Ortí Bordás, y no Adolfo Suárez.

En 2011 tuvo lugar una cena en casa del empresario Antonio Martínez Laredo. Asistieron al mismo el financiero Pablo Garnica, la viuda de Valls-Taberner, el concejal popular Alberto Ballarín y los periodistas José Antonio Sánchez, director de Telemadrid, y Luis Ángel de la Viuda, antiguo director de Programas de RTVE en la etapa de Adolfo Suárez, entre otros. En el transcurso del ágape Rafael Ansón propuso un brindis por Ortí Bordás, también presente, aludiendo al hecho de que había sido el elegido para presidir el Gobierno de la Transición. Tras el sonoro aplauso, uno de los presentes planteó a Ansón la pregunta de rigor:

⁷⁶ La alusión genérica de Osorio a su conocimiento de que iba a integrar el Gobierno en A. OSORIO, *Trayectoria política de un ministro de la Corona*, p. 46. En la reedición de sus memorias -véase A. OSORIO, *De orilla a orilla*, p. 41- sitúa el almuerzo “a finales de octubre (de 1975)” e incluye en el encuentro a Sabino Fernández Campo. Según el testimonio de Alfonso Osorio recogido el 12 de junio de 2013, el futuro ministro se citó a las 14:00 horas con Armada incorporándose a la mesa Fernández Campo a las 14:30. En esa media hora el general le habría adelantado su presencia, y la de Ortí Bordás, en el inminente gabinete regio. El biógrafo de Fernández Campo sitúa, de modo más plausible, la comida “un día de mediados de diciembre”. Véase J. FERNÁNDEZ LÓPEZ, *Sabino Fernández Campo*, p. 76-77. El propósito de Armada era el de promocionar a Fernández Campo a la Subsecretaría de Presidencia, como así ocurrió finalmente.

- ¿Por qué no lo fue?

- Porque se equivocó al adelantarse en la petición de democracia⁷⁷.

¿Quién era el hombre que pudo gobernar? José Miguel Ortí Bordás nació en Tous (Valencia) en 1938. Estudió Derecho en Madrid, etapa colegial en la que conoció a Adolfo Suárez, un joven por entonces retraído y con poca vida social. Tras una breve militancia tradicionalista, se implicó en el SEU, donde pronto se forjó una imagen de “progresista radical, de joven izquierdista y hasta de revolucionario”, facilitada por la dirección de una revista, *24*⁷⁸; uno de sus artículos más sonados, “Fabuloso negocio de la banca española”, sugería la nacionalización del sistema de crédito; otro, muy crítico con el nacionalcatolicismo en boga, abogaba por limitar los privilegios educativos de las instituciones religiosas.

Vetada su propuesta democratizadora del SEU por el ministro Solís, Ortí presentó la renuncia como presidente del Consejo Nacional del SEU, lo que no impidió que su valía le acabara catapultando a la jefatura del Sindicato estudiantil, pese a la permanencia del reacio e inane Solís en la Secretaría General del Movimiento. Pese a la contumacia de Ortí, que acudió reiteradamente al vicesecretario general del Movimiento Herrero Tejedor, la propuesta representativa, de autonomía -respecto al Movimiento y al propio Estado- y, en suma, liberalizadora del SEU fracasó. La nueva destitución vino acompañada de la liquidación por decreto del Sindicato.

No obstante, se había forjado la imagen de un jovencísimo político con futuro, tanto para con hipotéticos correligionarios, coincidentes en la necesidad de apertura, como frente adversarios celosos de la ortodoxia. Muy significativa resultó la entrevista que, al cesar, celebró Ortí con el almirante Carrero Blanco, ministro subsecretario de la Presidencia y, desde 1956, el hombre por quien pasaba la institucionalización definitiva del Régimen. Ya desde entonces el joven “azul” se había convertido en la “modesta bestia negra” del adusto marino, quien más adelante no solo forzaría su remoción como vicesecretario general del Movimiento, sino el veto a la preceptiva entrevista de despedida ante el jefe del Estado.

“Lo poquísimo que yo era y representaba -explica el aludido- era completamente contrario a lo que el almirante

⁷⁷ El 2 de junio de 2009 Alfonso Osorio telefoneó al domicilio de Ortí Bordás para felicitarle por su libro de memorias *-La transición desde dentro-*, así como para emplazarle a un almuerzo, que se celebró el 10 de junio en el restaurante Príncipe de Viana. En ese encuentro Osorio le afirmó a Ortí que la reciente publicación del libro citado le proporcionaba la ocasión de confiarle algo que a lo largo de más de treinta años había guardado para sí, esto es, la propuesta ministerial descrita. Los hechos se han reconstruido a partir de diversas conversaciones con José Miguel Ortí Bordás, celebradas el 23 de agosto y el 15 de octubre de 2012, así como el 8 de febrero de 2013. Se corroboró todo a través del testimonio de Alfonso Osorio recogido el 12 de junio de 2013.

⁷⁸ J.M. ORTÍ BORDÁS, *La transición desde dentro*, p. 21.

encarnaba. Y él era muy consciente de esta circunstancia. Carrero me consideraba un rojo, un revolucionario, un peligroso admirador del castrismo, un decidido adversario de los tecnócratas, alguien que aspiraba, además, a introducir la electividad en las instituciones con vistas a su democratización”⁷⁹.

La nueva defenestración de Ortí no le impidió hacerse un hueco como comentarista político en prensa (firmando “terceras” en *Arriba* y *Pueblo*) e incluso Televisión Española (en el programa *Puntos de vista*). Pronto fue promovido a otro cargo, en el Ministerio de Trabajo, donde estrechó lazos con sus principales colaboradores (como el futuro ministro socialista Barrionuevo o el luego padre constitucional Cisneros). En marzo de 1966 tomó parte en las “Conversaciones sobre el futuro de España”, una reunión del reformismo “azul” aglutinada en torno a lo que ya empezaba a conocerse como “Generación de la Paz” -y luego lo sería “del Príncipe”-.

El 1967 fue elegido consejero nacional por la provincia de Castellón, lo que comportaba un asiento en las Cortes Españolas. Su juventud (tenía 29 años) le integró en la Mesa de edad de éstas y la del Consejo Nacional del Movimiento. Su renovada acción política volvió a despuntar cuando en 1968 postuló ante la Cámara orgánica del franquismo el sufragio universal; con la lógica oposición del grueso de procuradores, se entiende. Su actividad ya era seguida por Zarzuela. Ortí celebró entonces un primer encuentro con el Príncipe de España, que le pidió tanto repetir con asiduidad las entrevistas como un listado de jóvenes correligionarios. El 22 de julio de 1969 votó a favor de la designación de Don Juan Carlos como “sucesor a título de Rey” de Franco. Poco después entraba en la órbita del hombre de confianza del Príncipe y, por tanto, dotado del mayor futuro político⁸⁰.

La salida de Fraga del Gobierno, quizá la figura política con la que se sentía más identificado, y la creación del gabinete “monocolor”, tecnócrata, de 1969, parecía augurarle a Ortí una larga retirada a los cuarteles de invierno. Nada más lejos. Al poco de nombrarse el nuevo consejo de ministros, Fernández-Miranda, flamante ministro secretario general del Movimiento, le citó en su despacho. Ortí se sabía seguido por el profesor del Príncipe, si bien desconocía si éste era conocedor de sus contactos con Zarzuela. Era Fernández-Miranda un personaje distante y enigmático, muy celoso de sus afectos y confidencias, solitario en extremo y quizá algo incapacitado para establecer colaboradores que se desarrollaran con naturalidad en su entorno.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 43.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 48-103.

“Pues bien -ha confiado Ortí-, llegué a la conclusión entonces, y sigo pensando ahora, que Fernández Miranda me llamó porque yo tenía la imagen pública de un político joven y aperturista, que había plantado cara a los tecnócratas y que defendía la reforma política frente al inmovilismo dominante. Posiblemente quiso compensar con mi presencia a su lado el efecto negativo que para él se derivaba de su integración en un Gobierno dominado de uno a otro extremo por los tecnócratas, representantes calificados del citado inmovilismo, y en una Secretaría General del Movimiento que no era lo que él deseaba, pues lo que de verdad le apetecía era la cartera de Educación. Cabe también que pensase en mí para futuros y más altos menesteres, siempre a su sombra y a sus ideas, objetivo y propósito al que, según comentario de Jesús Fueyo en una de sus irrepetibles tertulias políticas en el bar del Consejo Nacional, renunció tan pronto se dio cuenta de que ‘José Miguel tiene carácter’”⁸¹.

Ortí aceptó ser vicesecretario general del Movimiento, nombramiento que Fernández-Miranda hubo de gestionar ante el propio Franco para evitar el obstáculo, en principio infranqueable, del vicepresidente Carrero. Al equipo de Secretaría General pronto incorporó a otro joven aperturista, Gabriel Cisneros, promovido a la Delegación Nacional de la Juventud. El nuevo vicesecretario se propuso, pese a su manifiesto aislamiento en el gobierno, defender “la necesidad del desarrollo político, la intrínseca bondad del aperturismo y la urgencia de las asociaciones políticas”. Por entonces, además, tuvo la ocasión de descubrir el ascendiente de su superior con el Príncipe, según la referida confidencia del general Armada (“Bueno, ya sabrás, querido José Miguel, que tu ministro será el primer presidente de Gobierno del Rey”).

A Fernández-Miranda “le cabía el futuro en la cabeza”, lo que no le impedía errar a la hora de interpretar a los hombres. Al igual que Ortí, creía entonces en las posibilidades de futuro del Príncipe y el asociacionismo; de hecho, a comienzos de 1970 se desplazaron ambos al parador de Jarandilla de la Vera para confeccionar un anteproyecto de Régimen Jurídico de las Asociaciones Políticas. Sin embargo, les separaba no solo su pertenencia a generaciones distintas, sino el carácter, que en la vida pública acostumbra a ser decisivo.

Ortí recibió pronto un mensaje de López Rodó, la eminencia gris de Carrero, en el que se le conminaba a abandonar las pretensiones asociacionistas.

81 *Ibidem*, p. 106 y ss.

Respondió secamente al mensajero, pero poco después fue cundiendo en su ánimo una duda que acabaría por torcer el curso de los acontecimientos; muy probablemente su futura designación como presidente del Gobierno.

“Llegadas las cosas al extremo que habían alcanzado, o continuaba propugnando las asociaciones políticas, en cuyo caso le iba a crear un auténtico problema a alguien como Fernández-Miranda que un día confió en mí, o, por el contrario, renunciaba a hacerlo, lo que me aseguraba continuar de vicesecretario general, si bien a costa de desmentirme políticamente a mí mismo”⁸².

Optó por lo primero, lo que, a su juicio, comportaba dimitir del cargo y así se lo trasladó, “con el corazón en la mano”, a su superior. Torcuato no quiso entenderle, rechazó su dimisión e hibernó un mes lo que se convertiría en destitución en abril de 1971. El verdadero motivo de ésta, como conoció el damnificado tiempo después, fue la orden terminante de Carrero, que se cobró finalmente la pieza de su joven bestia negra.

Por su parte, el inescrutable e impasible Fernández-Miranda, que renunció finalmente a las asociaciones a la espera de la oportunidad propicia para la reforma política, rompió radicalmente relaciones con su hasta entonces vicesecretario general. Ortí quedó confinado a cierto “exilio interior”, redobló la batalla por el asociacionismo desde la prensa y articuló a este fin, el de la apertura, el grupo de procuradores y consejeros jóvenes. Su independencia de criterio y una dimisión mal entendida probablemente eliminarían más tarde su candidatura a la Presidencia del Gobierno.

Retornando al relato interrumpido de los hechos, existieron tres candidatos para la Secretaría General del Movimiento del segundo Gobierno Arias y primero de la Monarquía, que, a la vista de los acontecimientos, se hubiera convertido en el sucesor de Arias y presidente de la Reforma Política: Ortí Bordás, Martín Villa y Suárez.

Ortí, entonces presidente del Banco de Crédito Industrial, era el mejor situado. Caracterizado “azul” de la “generación de la Paz”, había hecho toda su carrera en el Movimiento. Procedía de una provincia periférica. Sin fortuna personal, reunía, además, acrisoladas dotes comunicativas y gozaba del reconocimiento del Rey. Era el más caracterizadamente partidario de la democratización de los tres. Si no se convirtió en ministro secretario y luego en presidente fue, sin duda, por el veto de Fernández-Miranda, a quien ya había causado las dificultades relatadas. Aunque entonces no podía sospechar que su nombre

82 *Ibidem*, p.120-128.

se barajaba para tan altos menesteres, se sabía muy solicitado, incluso por su adversario López-Rodó o el ya referido López de Letona, quien a través de un consejero del Banco de Crédito Industrial había postulado la aproximación a un hombre con futuro.

Martín Villa, con una carrera fulgurante en el Movimiento, tenía el *handicap* de no haber sido suficientemente seguido por Torcuato Fernández-Miranda. No se había manifestado tan rotundamente partidario de la apertura y ocupaba un lugar más secundario que el de Ortí en la preferencia de Don Juan Carlos.

El elegido fue finalmente Adolfo Suárez. Por el momento, Fernández-Miranda, que se disponía a conducir la reforma política directamente y que al decir de algunos retenía el deseo de ser presidente del Gobierno *de facto*, desde la sombra y por persona interpuesta, probablemente aún no había acabado de decidirse por el candidato, ese “alguien que haga lo que yo le diga”. Por el momento, se limitó a colocar en el Gobierno a un hombre que le debiera todo a él y que actuara de confidente. De hecho, “Fernández Miranda sabía muy bien que su maestro Maquiavelo recomendaba fundar colonias. Y él quería tener una en el Gobierno. Esa colonia fue Suárez. Fernández Miranda quería en el Gabinete a un ministro de confianza, capaz de serle absolutamente leal”⁸³.

En contra de lo que se ha dicho, Suárez fue una apuesta de Torcuato, no del monarca. No cabe la más mínima duda de quién vetó a Ortí. Fue su antiguo ministro, un asturiano algo envarado, tan tenaz y estratégica como consciente de su papel en aquella Historia que solo se escribe en mayúsculas. Y, debido a ello, inclinado hacia el candidato con una ejecutoria más discreta. A Fernández-Miranda le convenía un “tapado” con los blasones en blanco.

HACIA EL NOMBRAMIENTO DE SUÁREZ

Según Suárez, su designación como presidente se habría producido a instancias del monarca y tras la “aceptación” -que no propuesta- y “gestión” del presidente de las Cortes⁸⁴. Todo ocurrió más bien al contrario. Prado y Colón de Carvajal, que aseveró que Suárez “ni era candidato remoto” durante la Operación Lolita, ha matizado que el soberano ya venía siguiendo al joven político⁸⁵. Ello no invalida que la doble designación (como ministro, primero; como presidente, después) se produjera por decisión y propuesta de Fernández-Miranda, presidente *in pectore* en los estertores del franquismo que, al ver circunstancialmente negado el puesto, recurrió a una alternativa que acabó tomando la forma de Suárez. Fue él quien obtuvo de Arias la inclusión de Suárez como ministro

⁸³ *Ibidem*, p. 258.

⁸⁴ VV.AA., 1975-1995. *Veinte años de nuestra vida*, p. 208.

⁸⁵ *Ibidem*, p. 160-161.

secretario general del Movimiento en el primer gabinete regio. Esa particular “fundación de colonia” se producía en paralelo al desembarco de los nombres sugeridos por el Rey, esto es, los pesos pesados del gabinete (Areilza, Fraga y Garrigues), así como algún semi-pesado (Osorio)⁸⁶.

Don Juan Carlos no deseaba riesgos en la conducción hacia la democracia. Lo seguro resultaba apostar por su hombre de confianza (Fernández-Miranda) y, en su defecto, acudir a las bazas más sólidas, esto es, a los políticos reformistas del Régimen con mayor peso específico (Fraga o Areilza). ¿Por qué apostar, en consecuencia, por quien ofrecía una ejecutoria más mediocre?.

Adolfo Suárez, nacido en Cebreros en 1932, fue un discreto estudiante de Derecho en la Universidad de Salamanca, y acudió a Madrid en 1958 para preparar oposiciones. Ligado a la Acción Católica, halló a su primer y gran valedor en Fernando Herrero Tejedor, un falangista también militante del Opus Dei. Herrero, al llegar al Gobierno Civil de Ávila, tomó al joven como secretario y, de su mano, Suárez accedió a la Secretaría General del Movimiento. Ascendió así a Jefe del Gabinete Técnico del Vicesecretario General (1961), procurador en Cortes por Ávila (1967) y gobernador civil de Segovia (1968). El segundo gran valedor del de Cebreros será Laureano López-Rodó, eminencia gris del poderoso Carrero Blanco.

De 1969 a 1973 Suárez, protegido por Carrero, fue director general de Radio Televisión Española, pese al enfrentamiento con su ministro, el titular de Información y Turismo Alfredo Sánchez Bella. Sin un brillante currículum, sin poderosas amistades financieras o políticas en la capital, Suárez desplegó el encanto de una simpatía desbordante, que respondía a una ambición indisimulada.

En abril de 1975 fue nombrado vicesecretario general del Movimiento, de nuevo a la sombra de Herrero Tejedor. La muerte de este, en junio, pareció dar al traste con todo⁸⁷. No fue así y el 11 de diciembre de 1975 se convirtió en ministro del gabinete de Arias Navarro formado tras la muerte de Franco, por sugerencia de Torcuato Fernández-Miranda. El presidente de las Cortes se fijó en aquél que pensaba iba a ser fácil de manejar para promover a un presidente “que haga lo que yo le diga”; después comprobaría el despegue *pirandelliano* de la “criatura”⁸⁸.

Fernández-Miranda, con proverbial paciencia, dejaba quemarse a Fraga, equivocado al plantear su reforma política desde el Ministerio de la Gober-

⁸⁶ Ortí, que caracteriza a Suárez como “criatura de Fernández Miranda”, así lo defiende. J.M. ORTÍ BORDÁS, *La transición desde dentro*, p. 258.

⁸⁷ Pese a los años transcurridos y ciertos errores de detalle, la mejor biografía sobre Suárez continúa siendo la primera, firmada por G. MORÁN, *Adolfo Suárez* (Barcelona: Planeta, 1979), significativamente subtitulada *Historia de una ambición*.

⁸⁸ De ahí la comprensible reacción de Suárez contra el relato de los familiares de Fernández-Miranda. Véase VV.AA., *1975-1995. Veinte años de nuestra vida*, p. 209.

nación, y confundía a Areilza, que disponía de una plataforma (Ministerio de Exteriores) más apta para tomar el relevo. Mientras, iba preparando al “tapado” para relevar a Arias. De ahí la necesidad de “disfrazar la realidad” para justificar ante el Rey la elección de Suárez⁸⁹.

La búsqueda del sustituto de Arias se planteó en abril de 1976. Ese mes apareció la entrevista en *Newsweek* con la alusión regia a su presidente como un “desastre sin paliativos”. Por entonces el antiguo profesor del Rey elaboró un perfil acorde a sus propósitos. El candidato debía reunir tres condiciones: adhesión a la empresa democratizadora y legalista de la Corona, carencia de proyecto propio y capacidad de diálogo y seducción. Se asemejaba, sin duda, a la personalidad de Suárez. Lo primero se daba por descontado. Lo segundo eliminaba a candidatos fuertes como Fraga y Areilza. La tercera característica se ajustaba como un guante a la fisonomía de Suárez e incluso constituía un contrapunto al lacónico, seco y antipático carácter de su valedor⁹⁰. La genética disposición de Suárez se veía reforzada, además, por su experiencia televisiva. El de Cebreros, en suma, reunía el *physique du rol*.

Fernández-Miranda resumió el perfil en dos notas: “disponible” y “no cerrado”. El Rey apreciaba mucho a Suárez, pero lo encontraba políticamente “muy verde”. No obstante, le agradó el diseño servido por el presidente de las Cortes; y en ese diseño el más disponible, el menos cerrado no era otro que el ministro secretario general del Movimiento.

El antiguo preceptor del Príncipe se convencía a sí mismo de la apuesta, pues recelaba de la ambición de Suárez. En el transcurso de una cena celebrada el día 8 marzo adivinó en él una “desmesurada codicia de poder” al sugerirle la posibilidad del nombramiento. También luchaba por vencer la resistencia de Don Juan Carlos, que no terminaba de ver la designación⁹¹.

El Rey se convenció del relevo, muy probablemente a raíz de la brillante defensa por parte de Suárez del proyecto de Asociación Política ante las Cortes. Arias se lo había ofrecido a Osorio, quien declinó en Suárez, convencido de que quien decidía era Torcuato y que este no le tenía especial predilección. Ya sólo quedaba forzar el abandono de Arias, un asunto que resultó mucho más fácil de lo que temía el Rey. El 1 de julio de 1976, el soberano logró la dimisión de Arias, quien caballerosamente le facilitó el trago en el Palacio de Oriente, no sin expresar esa misma tarde ante su gabinete haber sido víctima de un “borboneo” similar al que sufrió Maura⁹².

89 J.M. ORTÍ BORDÁS, *La transición desde dentro*, p. 259.

90 P. y A. FERNÁNDEZ-MIRANDA, *Lo que el Rey me ha pedido*, p. 232.

91 *Ibidem*, p. 237 y ss.

92 Arias culpó a Areilza de haber instigado su caída. J.M. AREILZA, *Diario de un Ministro de la Monarquía*, p. 216-217.

Unas horas después, los dos grandes beneficiarios de la situación, Suárez y Osorio, suscribieron un pacto de caballeros para prestarse apoyo mutuo en caso de que uno de los dos resultara el elegido⁹³. La elección estaba, no obstante, decidida por Torcuato Fernández-Miranda, quien lograría arteramente incluir el nombre de Suárez en la terna del Consejo de Reino⁹⁴.

Con ésta bajo el brazo, Fernández-Miranda anunciaba a la prensa: “Estoy en condiciones de ofrecer al Rey lo que me ha pedido”. Frase para la Historia que todos entendieron polisémica. No solo llevaba al monarca una terna preceptiva. Le llevaba “la” terna grata a Don Juan Carlos, la que incluía el nombre deseado. Suárez era el nombre del Rey, porque antes lo había sido de Fernández-Miranda. Quedaba finalmente dilucidado el nombre del presidente del Gobierno de la transición.

93 A. OSORIO, *De orilla a orilla*, p. 131-135.

94 La mejor narración de esas dos jornadas de reunión del Consejo del Reino es la de Morán, a quien Fernández-Miranda relató las sesiones. G. MORÁN, *Adolfo Suárez*, p. 54-61.